

Emma Green

Cien Facetas del Sr. Diamonds

2. Deslumbrante

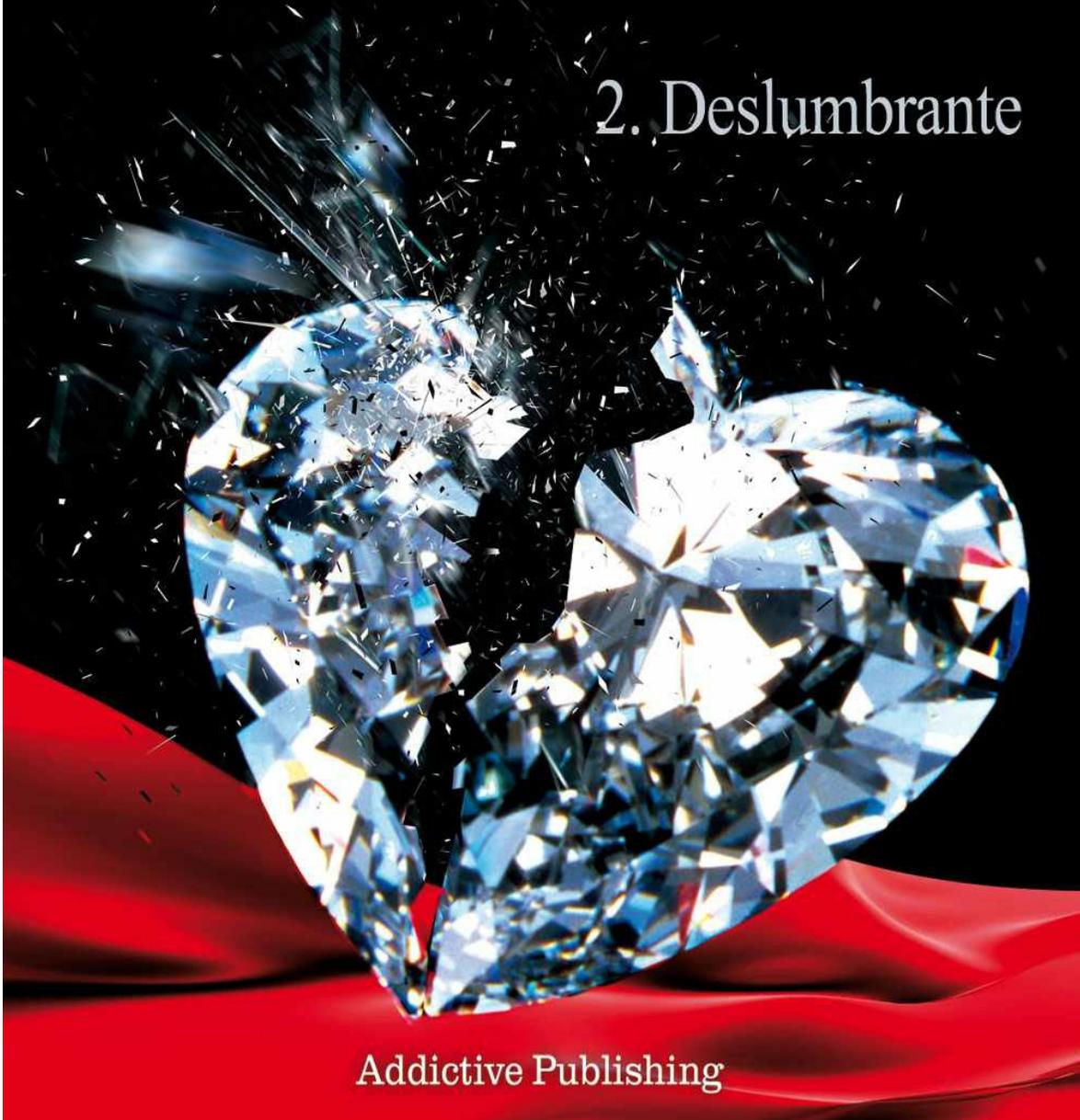


Addictive Publishing

Emma Green

Cien Facetas del Sr. Diamonds

2. Deslumbrante



Addictive Publishing

Emma Green

CIEN FACETAS DEL SR. DIAMONDS

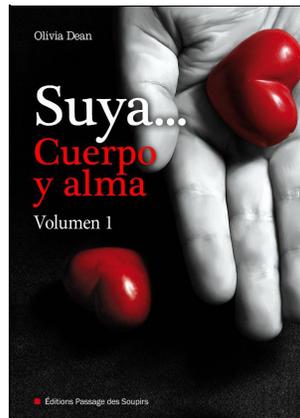
Volumen 2: Deslumbrante

En la biblioteca:

Suya, cuerpo y alma - Volumen 1

"Suya, cuerpo y alma es sin duda la mejor novela erótica publicada desde Cincuenta sombras de Grey."

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



1. La oficina de reclamaciones

Por vez primera en veintidós años, no me gusta la Navidad. Me siento fuera de lugar. Y, sin embargo, conozco perfectamente estos muros y a estas personas. Pero me ahogo. Estoy en la casa de mi infancia, como todos los años, rodeada de la gente que me quiere... y de los que me siento tan diferente. Mis adorados padres, que llevan casados más de treinta años. Ese amor tranquilo y patente, que siempre he querido, esperado y que ahora me parece de un aburrido mortal. Mi hermana mayor, Camille, su marido y su bebé, esa pequeña familia perfecta, pero no escogida, que se formó demasiado rápido. Mi hermano Simon, un pequeño arrogante que acaba de cumplir los 18 y que cree saber todo de la vida porque va encadenando conquistas efímeras. Y mi abuela, viuda y triste, que no hace sino mirar al pasado. Por primera vez en mi corta vida, me pregunto qué pinto yo aquí. Físicamente, me encuentro en este lugar pero mi mente sólo piensa en él. Gabriel. No estoy en esa celebración, me he quedado en la Toscana. Me basta con cerrar los ojos para revivir esos momentos mágicos, ese fin de semana intenso y romántico, su piel contra la mía, sus músculos tensos bajo mis manos, su cuerpo enterrado en lo más profundo del mío. Tan presente y tan lejano al mismo tiempo.

– Vamos a la mesa, Amandine. Mi madre me saca brutalmente de mi ensueño y, al verme con ese aire ausente, me lanza una mirada tan divertida como compasiva.

– Hija mía, me ocultas algo. Ven con nosotros y deja en paz el teléfono, ¡es Navidad! Para una vez que estamos todos juntos...

Me guardo el móvil en el bolsillo de los vaqueros y, con un suspiro, me uno a mi familia arrastrando los pies. Me da la impresión de que esta cena dura una eternidad. Intento poner buena cara y palpo cien veces el teléfono a través de la tela porque me ha parecido sentirlo vibrar. Vibrar, sólo pido eso. Gabriel tiene mi número. ¿Por qué no me llama mi apuesto amante? Hasta ahora, no lo ha hecho nunca. Me siento estúpida esperando que dé

señales de vida... y me contengo para no hacerlo yo. Después de abrir los regalos, que son prácticamente los mismos que los del año pasado, vuelvo a mirar a mi familia y esta escena tan cliché, vivida y revivida año tras año. Corro para encerrarme en el baño, saco el móvil y escribo sin pararme a recapacitar: «¿Cuándo voy a volver a verte?». Ya está, enviado. Empiezo a lamentar haberlo mandado cuando aparece en la pantalla su respuesta. «Antes de lo que crees, tengo una sorpresa para ti. Feliz Navidad, Amandine». Han transcurrido ya dos días desde que recibí ese mensaje enigmático. He vuelto al trabajo y he intentado ocultar mi impaciencia lo mejor posible, tanto a mí misma como al resto. Hoy por la mañana Éric está de muy buen humor, no acostumbra a cogerse tres días de vacaciones. Me escondo tras mi ordenador para intentar concentrarme. Cuando el reloj marca las diez, me tomo mi segundo café del día y estoy a punto de ahogarme. Esa voz. Su voz. Gabriel está aquí. Todavía no le he visto pero le oigo, lo siento en todo el cuerpo. Sus pasos mezclados a los de Éric se acercan. Inspiro profundamente e intento poner cara de circunstancias. Sonriente pero tranquila. Gabriel atraviesa el pasillo. Está sublime con *sutrench* azul marino. Se quita poco a poco la larga bufanda beige con finas rayas de color azul claro que iluminan sus ojos, esos ojos tan azules que no me buscan. El hombre que me hacía el amor hace ocho días ni siquiera me ha dirigido una mirada. Al ver alejarse sus anchos hombros, el pelo rubio que tantas veces he despeinado, esa nuca bronceada a la que me he agarrado con fuerza... me dan ganas de gritar. O de llorar. Pero Éric no me da tiempo y me llama para que vaya a su despacho. El señor Diamonds querría tomar un café, solo y bien cargado, antes de comenzar la reunión. Me quedo de piedra, no sólo se ha limitado a ignorarme sino que además me va a tocar jugar a las camareras e ir a verle cara a cara, con la etiqueta de becaria pegada en la frente. Humillación suprema. Preparo un café largo, añado dos azucarillos (sé que no se echa ninguno) y le llevo la taza con todo el profesionalismo e indiferencia de los que consigo hacer acopio en ese momento.

En cuanto llego a su despacho, Éric sale tras de mí diciendo a Gabriel:

– Voy a buscarle eso, tardaré unos diez minutos como mucho. Amandine, te dejo ocuparte de nuestro invitado.

– ¿Le has oído? – me susurra Gabriel sonriendo. Se acerca para cogerme la taza de las manos. Tengo que contenerme para no echarle el café caliente a la cara. Le suelto:

– ¿Cómo te atreves...?

Me interrumpe pegando su boca a la mía y me sujeta con firmeza por el cuello esperando a que deje de resistirme. Pasa suavemente su lengua entre mis labios y, cuando cedo por fin a su beso, aleja la cara, un centímetro a lo sumo. Huelo su aliento mentolado y le escucho murmurar: «¿No te gusta la sorpresa? Sólo nos quedan nueve minutos...». Con una mezcla de rabia y placer, me abalanzo sobre él y le beso en la boca. Cierra la puerta con el pie y me rodea la cintura con su inmenso brazo para levantarme del suelo, al tiempo que gira la llave de la puerta con la mano que le queda libre. Me sienta sobre el escritorio de Éric. Con una mano, me separa las piernas y, con la otra, se desabrocha el cinturón. Sumerjo las manos en su pantalón de traje para sacarle la camisa pero Gabriel me coge las muñecas y me da la vuelta sobre el escritorio, colocándome las manos encima de la cabeza. «No te muevas, es tu regalo, que no se te olvide.» Se levanta, me domina desde arriba y empieza a desabrocharme los botones de la bragueta, con sus ojos brillantes clavados en los míos. Con brutalidad, me saca una de las piernas de los vaqueros y de la braga, me levanta el culo para acercarme al borde de la mesa y se saca el miembro del pantalón. Apuntándome. Casi se me había olvidado lo impresionante que era su erección. Mientras se pone un preservativo, me mira cómo disfruto del espectáculo. Todavía no me ha tocado pero mi sexo ya está hinchado de deseo y frustrado por su ausencia. Sigo tumbada sobre el escritorio, con los brazos cruzados encima de la cabeza ; no he cambiado de postura desde que me ha dicho que no me moviera pero todo mi cuerpo le llama, le desea. Separo un poco las piernas para invitarle a entrar, a llenarme, a saciarme. No ha hecho falta que le dijera nada, Gabriel pasa una mano bajo cada uno de mis muslos y me penetra de golpe, violentamente. Ardo de deseo, le siento en el fondo de mí y me gustaría que se quedara ahí para siempre. Pero, de repente, decide privarme de él, se separa casi por completo para volver a penetrarme de nuevo con más fuerza todavía. Este nuevo asalto me hace perder la cabeza. Me arqueo para volver a empezar, Gabriel no se hace rogar y acelera el ritmo. Se agarra a los bordes del escritorio desafiándome con la mirada. No

sé si es para advertirme de que esto sólo acaba de empezar o para pedirme que esté a la altura. Sea lo que sea, he perdido el control. En ese momento, puede hacer conmigo lo que quiera, soy su objeto. Y mi amante es fiel a sus promesas. Sus vaivenes me dejan sin aliento, mi cuerpo se arquea, la cabeza se inclina hacia atrás y mis ojos miran fijamente la pared de enfrente. Estoy mareada, ya no distingo la pared del techo. Pero las hojas esparcidas sobre la mesa me recuerdan dónde me encuentro.

Durante un segundo, me doy cuenta de que estoy haciendo el amor en el despacho de mi jefe, en su escritorio, que estoy medio desnuda y a punto de estallar, con su principal cliente entre mis piernas, que puede volver en cualquier momento, encontrar su puerta cerrada y descubrir a su inocente becaria inmersa en un cuerpo a cuerpo tórrido. ¿Qué ha sido de la joven decente y bien educada que yo era antes? ¿Dónde se han quedado mi pudor y mi timidez? ¿Qué he hecho con mi conciencia profesional? Y él, ¿en qué me ha convertido? Todo lo que creía ser parece haberse evaporado de repente. Como si no hubiera existido antes de él. Ha bastado un beso para que permitiera a un hombre reducir mi mundo a la nada y arrastrarme al suyo. Me posee por completo y, en ese instante, siento un profundo resentimiento. Mi enfado se mezcla al miedo de ser pillados, a la decepción de no haber sabido negarme, y a las olas de pacer que me asedian y me impiden decirle que se detenga.

– ¡Mírame!

La voz ronca de Gabriel me devuelve a la realidad. Como si hubiera comprendido mi turbación, me aprieta la cara entre sus potentes dedos y me obliga a mirarle. Le obedezco y veo como su mirada azul se ha oscurecido. Se le contrae la mandíbula, parece furioso porque haya escapado de él momentáneamente. Se inclina un poco hacia mí, desliza su pesada mano por mi garganta, la deja un rato en mi pecho, llega a la cintura y me coge por las caderas desnudas. Me clava los dedos en los muslos. Con la mano libre, coge su sexo todavía duro y me lo introduce muy lentamente. No me quita los ojos de encima. Mi suspiro de placer parece satisfacerle. Sigue asaltando mi cuerpo con ardor y sus repetidas embestidas me hacen olvidar todo. No, peor todavía, aumentan mi deseo y

me incorporo para cogerle el culo con las dos manos. En cada embate, siento su pubis frotando mi clítoris. Me muerdo los labios para contener mis gemidos. Llega hasta una profundidad inimaginable y escucho como el escritorio choca contra la pared, cada vez más fuerte. Bloquea la mesa con la pierna y se me acerca más todavía. Le rodeo con las piernas y siento como el orgasmo empieza a llegar. Sus gemidos de placer y sus dedos en torno a mis costillas terminan por hacerme desfallecer. Dejo escapar un quejido. Acaba de taparme la boca con la mano y nos corremos juntos, enredados, con nuestros cuerpos fundidos en una perfecta ósmosis. Nunca había alcanzado un orgasmo al mismo tiempo.

En cuanto se aparta, desliza la braga por el tobillo y me sube el pantalón por la pierna desnuda. Besa mi sexo todavía ardiente y sigue vistiéndose. Oigo cómo corre su cinturón al tiempo que unos pasos se acercan por el pasillo. Gabriel se ajusta la corbata y quita la llave de la puerta mientras me abrocho el último botón. Tengo el cuerpo entumecido ; las piernas de plastilina apenas consiguen mantenerme de pie. Estoy alisándome el pelo cuando Éric abre la puerta de su despacho. El rostro de Gabriel se mantiene impassible y yo, sin embargo, tengo la impresión de oler a sexo. Me marcho en cuanto puedo y les dejo con sus asuntos. Mientras Éric se disculpa por haber tardado tanto, percibo la sonrisa cómplice de mi amante. Pero ya me ha dado la espalda.

2. Descenso por aguas turbulentas

Esa tarde, cuando salgo del trabajo, siento que no soy la misma. Tengo la impresión de haber pasado de becaria discreta y trabajadora, a una joven segura de sí misma y sin escrúpulos. No me reconozco. Quizás esté demasiado entusiasmada pero es como si estas semanas de romance con Gabriel me hubieran hecho ganar diez años de confianza y de madurez. Tanto desde un punto de vista sexual como profesional, mis barreras han sido derrumbadas. Quizás debería sentirme sucia o avergonzada pero, en realidad, me siento orgullosa. Al marcharme no pude evitar echar un vistazo al escritorio de Éric, para ver si quedaba algún rastro de mi arrebatado de pasión de esa mañana. A pesar de la lluvia helada, camino lentamente de vuelta a mi piso para alargar un poco más el día. Las luces de Navidad en las calles de París me hacen entornar los ojos. Y los recuerdos de mi mañana loca dibujan en mi rostro una sonrisa socarrona. Cuando llego a casa, tiro los zapatos y dejo caer el abrigo mojado en la entrada, voy tirando aquí y allá mi ropa hasta el cuarto de baño, donde abro el grifo de la ducha hasta que el agua sale ardiendo. Veo el reflejo de mi cuerpo desnudo en el espejo y descubro un moratón enorme en el costado derecho. Mirándolo de cerca, distingo la forma de los cuatro dedos de Gabriel impresos sobre mi piel. Los acaricio con la mano y esbozo una sonrisa radiante. Casi puedo sentir su huella. Me doy la vuelta y giro la cabeza para verme la espalda. A la altura del cierre del sujetador, un rasguño me recuerda el incómodo escritorio que me raspaba la espalda mientras que Gabriel me colmaba de atenciones. Y también llevo un arañazo en el muslo. Ahora, todo mi cuerpo está dolorido pero esta mañana no lo he notado para nada. Por fin comprendo lo que he leído hasta ahora en todas las revistas para mujeres, esto es lo que llaman dolor placentero.

Me meto en la ducha y me paso veinte minutos bajo el agua caliente. Incluso mi cuerpo me parece diferente. Mientras me enjabono, me paso la mano sobre mi sexo todavía dolorido. Mi deseo se dispara. Este nuevo apetito me sorprende y, sin pensarlo, cojo el mango de la ducha y apunto

con el chorro de agua a mi clítoris. Me basta con cerrar los ojos para imaginar a Gabriel acercándose a mí bajo esta ducha humeante, con su cuerpo de Apolo, su cabello rubio mojado, sus músculos marcados bajo la piel dorada, esos labios mojados... Pego mi cuerpo desnudo contra los fríos azulejos, como si él me hubiera empujado, e intensifico la presión del chorro colocando los dedos estratégicamente en el mango pero, en mi imaginación, son los dedos de Gabriel los que me acarician, justo como más me gusta. Noto que me acerco al orgasmo, casi demasiado deprisa, intento contenerme, como él querría hacerlo. Pero me abandono al placer y mi mano golpea el cristal empañado. Mientras el placer me invade, miro la huella que he dejado, es la mano de Gabriel, estoy convencida.

Después de secarme y recuperarme de este subidón, me desmorono sobre el sofá. Me quedo mirando la pantalla negra de la televisión, no me atrevo a encenderla. También debería prepararme algo para comer pero no tengo ni fuerzas ni ganas. Me vibra el móvil sobre la minúscula mesita y aparece el número de Marion, mi mejor amiga. Descuelgo y le suelto:

- Adivina qué he hecho esta mañana, entre las 10.00 y las 10.10.
- Hola, Marion. ¿Qué tal? Bien, ¿y tú? ¿Alguna novedad, Amand'? Ya está, ya me encargo yo de hacer las formalidades sociales por las dos, ya puedes seguir.
- Perdona, tengo demasiadas ganas de contártelo. No te vas a creer lo que me ha pasado.
- Uf, no estoy segura de querer saberlo. Te llamaba para quejarme de este mes de diciembre que no termina nunca, de esta lluvia, de este frío, de la Navidad que ya ha terminado y de que no tenemos ningún plan para Nochevieja ; me dan ganas de hibernar.
- Venga, guapa, ¡habíamos dicho que 2013 sería nuestro año! Gabriel ha venido a la oficina esta mañana, tenía una reunión con mi jefe para hablar de negocios...
- ¡No! ¿Te lo has tirado en el trabajo? ¿En el baño?
- Peor todavía...
- Pero, ¿tú estás mal? ¿Quieres que te echen? Pensaba que te encantaban tus prácticas.

Me acuesto en el sofá y escucho a Marion echarme la bronca mientras miro el techo desconchado. De hecho, sólo la escucho a medias, sólo oigo su tono aguafiestas mezclado con una pizquita de celos. Termino colgando después de prometerle que seré prudente y no haré ninguna tontería.

Me pongo el abrigo para ir a por sushi al japonés de la esquina. Cuando paso por la entrada del edificio, deslizo la mano por la apertura de mi buzón, olvidé abrirlo cuando regresé del trabajo. Noto con los dedos un sobre rugoso que no se parece a las cartas de facturas que suelo recibir. Saco la llavecita para abrir el buzón y cojo el gran sobre plateado. No lleva sello pero reconozco inmediatamente la grafía de Gabriel, con sus bellas letras en color negro trazando mi nombre. En el interior, una tarjeta de invitación del mismo color, con un mensaje muy formal. El señor Diamonds ofrece una recepción para celebrar la Nochevieja en torno a sus vinos de chateau. Dirección: Miami Beach, Florida. Necesito leerlo cinco veces. No he ido nunca a Estados Unidos, y menos todavía para una cena de negocios o una fiesta de la alta sociedad. En el dorso de la tarjeta, Gabriel ha garabateado unas palabras: «Acompáñame para un baño a medianoche. Para ti la fiesta empieza el 30 de diciembre a las 20.00. G.».

Hace tres días que no hago más que ir de un lado a otro, sin comer, sin dormir a penas, y me pego toda la noche en Internet para intentar conocer un poco Florida. Ya tengo preparada la maleta. A regañadientes, Marion me ha ayudado a encontrar un vestidito negro chic para la recepción. Me he gastado todos mis ahorros en el billete de avión. Ni se me pasa por la cabeza pedirle a Gabriel que me lo pague. El domingo 30 de diciembre a las 19.25, aterrizo en Miami. Un hombre me espera en el aeropuerto con mi nombre escrito en un cartel. Me lleva hacia South Beach en un lujoso coche. Pasada la ciudad y su agitación, la playa desfila a mi izquierda y, a la derecha, una sucesión de palmeras y pequeños edificios blancos muy elegantes. La temperatura es suave, parece primavera. El chófer me deja delante de un edificio impresionante y una mujer vestida con traje negro me recibe en inglés y sube conmigo en el ascensor que me deja un momento después en el interior de un piso. Bueno, no, piso no es la palabra. Más bien es un ático. Un largo pasillo de mármol claro da un gigantesco ventanal en esquín con vista panorámica al océano. No puedo

creer lo que ven mis ojos. Encuentro a Gabriel vuelto de espaldas en la inmensa terraza, con los codos apoyados en la barandilla. Lleva unas bermudas color beige, unos náuticos a juego sin calcetines y un polo blanco immaculado que resalta sus bíceps viriles. Me dan ganas de acercarme y pegarme contra él sin decir nada. Pero me ha oído acercarme y se gira hacia mí.

– ¿Qué te parece este lugar? No me canso de estas vistas.

Consigo balbucear que me alegro de estar ahí y Gabriel me pasa la mano por la cintura para invitarme a avanzar. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo hasta la nuca.

Me guía hacia el interior y me pregunta si tengo hambre. En una cocina ultra-moderna, que debe de medir el doble que mi apartamento, saca dos copas de vino. Las sostiene con una sola mano y las inclina para verter un néctar dorado. Todos y cada uno de sus gestos me fascinan. No sólo es guapo, todo su cuerpo emana elegancia. Al ver que no reacciono, me coge de la mano y murmura: «Creo que la cena puede esperar». Le sigo, en silencio, ya hechizada por su olor y por su voz. Me lleva de nuevo afuera y avanzamos por un pontón de madera oscura. En lo alto, al aire libre, un amplio jacuzzi de agua verde esmeralda parece suspendido sobre el mar. Me da vértigo.

Gabriel coloca las copas de champán en el borde, se quita los zapatos y se acerca a mí. Muy cerca. Delicadamente, pasa el dedo índice por mis labios, mi barbilla y desciende por el cuello hasta llegar al nacimiento de mis pechos. Alcanza el primer botón de mi blusa y lo abre con el pulgar. Sigue bajando lentamente y yo siento cómo aumenta el deseo en mi interior. Con suavidad, me quita la blusa sin dejar de acariciarme los brazos y, después, aparta los tirantes del sujetador por los hombros. El índice de su mano derecha continúa su recorrido por mi vientre y, tras detenerse brevemente en el ombligo, llega al botón de mi pantalón. Pasado este obstáculo, baja la cremallera al mismo tiempo que mi tanga y deja el dedo en la comisura de mis labios. Se queda parado y observa el efecto que me produce. De repente, aparta la mano y se pone de rodillas. Con la

misma lentitud, me desata zapatos, me los quita y deja caer el pantalón. Mi piel se electriza, mi vientre se abrasa. Retrocede ligeramente para observarme en ropa interior y susurra: «Tampoco necesitas esto». Me quita el tanga y se levanta para desabrocharme el sujetador con una sola mano. Gabriel da un paso atrás para quitarse el polo, después el cinturón y, para terminar, el short. No lleva nada debajo. Me agarra por las nalgas, me coge y me aprieta contra él, con mis piernas en torno a su cintura. Siento mis pezones duros contra su pecho, mi sexo mojado sobre su vientre y su erección justo bajo mis nalgas. Me contengo para no correrme instantáneamente. Rodea el jacuzzi y nos mete abrazados en el agua caliente. Una vez sentados en el borde, me levanta un poco para colocarme sobre su miembro. Mi larga espera no consigue sino aumentar el placer de esta primera penetración. Con el cuerpo medio sumergido, me dejo llevar y Gabriel, impassible, me arrastra sobre su sexo, sujetándome las nalgas. Cada vez que se introduce en mí, siento cómo me abro un poco más. Los movimientos ondulatorios que marca a mi vagina, cada vez más rápidos y más profundos, crean una ola en el agua del jacuzzi. Echo la cabeza hacia atrás, lista para abandonarme al orgasmo que me inunda y estoy a punto de tambalearme. Me enderezo pasando mis manos detrás de su nuca y mis pechos rozan su bello rostro. Gabriel aprovecha este acercamiento para lamer ávidamente uno de mis pezones. El contacto de su lengua caliente sumado a los vaivenes en mi sexo me vuelven loca. Me aferra las nalgas con más fuerza y sus movimientos ganan en profundidad. Se queda inmóvil dentro de mí y emite un alarido de placer viril. Me incorporo y alcanzo el orgasmo dejando escapar un largo grito que resuena en la noche. Mi amante me murmura: «Me gusta oírte gozar».

3. Juego de engaños

No sé dónde ha dormido Gabriel. Me despierto desnuda, sola y minúscula en una cama gigantesca y, al incorporarme, descubro un dormitorio impresionante. La noche anterior no me había parecido tan increíble: el parqué color arena cubre una superficie de unos cien metros cuadrados, el cielo azul brilla a través de unos ventanales diáfanos, cuelgan gruesas cortinas de terciopelo color crema, cuenta con un salón privado en los mismos tonos y una bañera desmesurada preside un rincón de la habitación. Tengo que pellizcarme para creerme que es cierto lo que ven mis ojos. Lo único que recuerdo del final de la noche es a Gabriel llevándome en brazos, totalmente desnuda y somnolienta, subiendo las escaleras y colocándome con delicadeza sobre ese colchón mullido, rodeada de almohadas. Me dio un beso en la frente y otro en cada uno de mis pechos, tendí la mano para retenerle y me besó lánguidamente la palma antes de desaparecer. Debí de dormirme un segundo después.

Esta mañana, el sol brilla ya en lo alto, no tengo nada de ropa a mano ni sé dónde está mi maleta. Me enrolló en la larga sábana blanca y entreabro la puerta de la habitación con la esperanza de no encontrarme a nadie. En el pasillo, me espera un carrito con un copioso buffet de desayuno, acompañado por una nota de Gabriel en una tarjetita. «Recupera fuerzas». El mensaje me arranca una sonrisa y me hace arrepentirme de haberme dormido tan rápido. El largo viaje y el tórrido encuentro al raso me dejaron muerta. Acercó el carrito a la bañera y me preparo un baño. No es plan de desaprovechar la oportunidad de disfrutar y no me apetece ir a buscar a Gabriel por este laberinto de escaleras y de habitaciones inmensas vestida únicamente con una sábana. Me sumerjo en el agua hirviendo y muerdo un *scone* con pasas todavía caliente, me bebo de trago un zumo de naranja recién exprimido, nunca me había tomado uno tan bueno. ¿Cómo puede alcanzar todo tal grado de perfección en el mundo de Gabriel?

Dos golpes en la puerta me sacan de mi ensueño. Una voz de mujer

joven me anuncia en francés, pero con un fuerte acento americano, que han guardado mis cosas en el vestidor contiguo y que el señor Diamonds estará fuera por la tarde, que se llama Hannah y que se encuentra a mi disposición si deseo disfrutar de los servicios mientras espero a que vuelva el señor. Después, recita de memoria una lista de actividades: sauna, masaje, spa, tenis, *fitness*, playa privada, deportes náuticos o paseo ecuestre. Me lo pienso durante unos segundos y contesto: «Eh, sí, gracias, prefiero la playa». Tras pasar varias horas tomando el sol en la arena y paseándome frente al mar, empiezo a aburrirme. Y, sinceramente, echo de menos a Gabriel. Decido volver y consigo descubrir el camino a la cocina. A ver si tengo suerte y hay algo con lo que refrescarme.

Me encuentro a una veintena de personas en plena efervescencia. Cocineros revoloteando, camareras atareadas, un bullicio de palabras en inglés, platos entrechocándose y las inmensas manos de Gabriel pidiendo silencio. De repente, todo el mundo se detiene y se calla. Gabriel impone respeto y siento una pizca de orgullo del tipo: «Mirad lo que sabe hacer mi hombre». Con su voz grave y pausada, organiza, delega, reestructura, anima e insiste en que no queda más que una hora antes de que lleguen los invitados y que exige que todos den lo mejor de sí mismos. Lanza una sonrisa devastadora y choca las manos para invitarles a seguir trabajando. Después, sale de la cocina sin verme y me da un empujón al pasar a mi lado. Le cojo por el brazo: «¡Gabriel!» Lo he dicho un poco más fuerte de lo que me hubiera gustado.

- Ah, Amandine, no te había visto. Perdona, ¿te he hecho daño?
- No, no. Pero... tú...
- Tengo que hacer un montón de cosas. ¿Necesitas algo?
- No, nada en realidad. Sólo... bueno... ¿Y yo qué hago?

Duda, se echa hacia atrás y me estudia de pies a cabeza. Aunque su mirada me tranquiliza, su frialdad me consume y la sonrisa con la que termina me confunde todavía más.

- Si quieres sentirte útil, tengo una idea. Pide a Hannah que te dé instrucciones y un uniforme.

Se inclina hasta acercarse a mi oreja, su aliento tibio en mi cuello me hace temblar, y murmura: «Estoy seguro de que te quedará muy sexy...». Me dispongo a darle un bofetón cuando me coge la muñeca que iba directa a su cara y me empuja contra la pared de mármol frío. Vuelve a murmurar:

– Despacio. No, no te he invitado aquí para que juguemos a las camareras. No, tú no eres como el resto de las chicas de esta cocina. Ahora, Amandine, escúchame. Puedes marcharte cuando quieras pero, si de verdad te apetece, esta noche podrías ser mi camarera especial. Mi doncella particular. Tendré toda la noche para desearte, admirarte en tu uniforme y soñar con arrancártelo. Te trataré de usted, tú me tratarás de usted y podré rozarte en secreto. Nadie más sabrá quién soy yo para ti, ni quién eres tú para mí. No te imaginas cómo me pongo ya. Y, cuando menos te lo esperes...

Gabriel representa gestualmente sus palabras: desliza la rodilla entre mis piernas y coloca su muslo sobre mi vestido, justo contra mi sexo. Me excita muchísimo. En ese momento, me gustaría tener el valor suficiente para abalanzarme sobre él y arrancarle la camisa. Pero me libera de sus brazos y susurra: «Confía en mí, no te arrepentirás.»

Menos de una hora después, me encuentro en fila de a uno con las otras camareras en el centro del hall de recepción. Me he puesto la minifalda negra, una camisa blanca tan ceñida que apenas consigo cerrar los botones y me he recogido el pelo en un moño formal, siguiendo los consejos de Hannah. Y he cambiado mis manoleínas habituales por unos tacones de aguja de diez centímetros. No sé cómo voy a aguantar toda la noche. Cuando llegan los invitados, imito al resto de camareras, que van a servirles una copa de champán con una sonrisa espléndida. Hay más o menos el mismo número de mujeres que de hombres con traje. Gabriel, vestido con un esmoquin negro con las solapas satinadas, está sublime. Nunca me había parecido tan alto, tan elegante, tan impresionante. Me acerco a él intentando mantener la compostura pero no me atrevo a interrumpir su conversación. Se gira para coger una copa de champán y, con la otra mano, me roza la cintura sin ni siquiera mirarme. Me tiemblan las piernas.

Cuando los invitados pasan a la mesa, Hannah me indica con un guiño que vaya a servir al señor Diamonds. Me lo encuentro dando las gracias a sus invitados y mostrándoles sus vinos entre bromas. Tiene un carisma asombroso. Me siento pequeña a su lado. Mientras le coloco el plato dorado delante, pasa la mano derecha tras de mí y me acaricia el interior de los muslos sin dejar de hablar. Pego un respingo y me voy corriendo a la cocina para refugiarme en la cocina. Me enfado conmigo misma. Cuando voy a retirarle el plato, continúa con su jueguito y noto cómo sus dedos alcanzan por abajo la lycra de mi braga. Intento conservar la calma pero un deseo fulgurante se enciende en mí. Noto como pasa la yema del dedo bajo la goma y le escucho decir el voz alta. «Señorita, quíteme esto», señalando con la barbilla los cubiertos sucios que tiene ante él. Los recojo y me voy directa al baño. Me quito las bragas, ya mojadas por la excitación, las tiro en una papelera y voy corriendo a la cocina para llevarle el plato a Gabriel. Se lo coloco lo más lentamente posible, para que le dé tiempo a comprobar que estoy desnuda. Uno de sus dedos acaricia mi clítoris y sigue su camino hasta la entrada húmeda de mi sexo. Después, se lleva la mano a la boca y chupa discretamente la punta del índice y dice también en voz alta: «Así está mejor», mientras coloco los cubiertos limpios sobre la mesa. Me quedo estupefacta, viendo a los invitados reír disimuladamente. Gabriel se ríe con ellos antes de soltarme con aire burlón: «Puede llevárselo». Cuando llega el postre, estoy que ardo, tanto de deseo como de furia. Este juego de roles me excita y me duele, mi sexo está caliente pero sus humillaciones me dejan helada. Le llevo su pera al vino tinto y la tira con un codazo disimulado pero, sin duda, voluntario. La salsa almibarada me salpica sobre la blusa blanca y me quema la piel, siento como gotea entre mis pechos. Gabriel se levanta de un salto excusándose y me conduce hasta la cocina. Despacha a las camareras y cocineros con una autoridad incontestable. Después, se gira hacia mí, pasando instantáneamente de un tono autoritario y frío a sensual y febril.

– Discúlpeme. Gabriel se inclina para chuparme el sirope que me ha caído sobre el escote antes de besarme con avidez. Disfruto de esta mezcla de sus labios y de la salsa de vino dulce. Me coge los pechos con ambas manos y me arranca la camisa manchada haciendo saltar los botones. Yo le quito la chaqueta del esmoquin y la camisa mientras él desliza las manos

bajo mi falda para subírmela por encima de las caderas. Me levanta y me coloca sobre la encimera del centro de la cocina, lo que hace que varios platos salgan disparados. Mientras le desabrocho el cinturón jadeando, ardiendo de deseo, él me suelta el moño y me coge por el pelo suelto para recostarme sobre la mesa. Hace horas que espero este momento, quiero que me posea, ya no aguanto el más mínimo centímetro de distancia entre nosotros. Mi cuerpo reclama el suyo urgentemente. Gabriel adivina mis deseos y se acuesta sobre mí. Tiramos más copas y platos. Siento su sexo duro contra mis nalgas, lo cojo con la mano para guiarlo a mi interior y espero su movimiento de cadera redentor. Pero mi cruel amante se levanta, me pone de pie y me gira de espaldas a él. Con la otra mano me inclina sobre la encimera mientras me acaricia las nalgas con la otra. Me arqueo para ofrecerle mi trasero y Gabriel me penetra violentamente. Al fin. Con las manos pegadas a mi cadera, me penetra, cada vez más fuerte y más profundo, como si me escuchara suplicarle que lo hiciera. Se inclina sobre mí para besarme la espalda, morderme el cuello e introducirme un dedo en la boca antes de agarrarme los hombros para acelerar el ritmo y la intensidad de sus embestidas. Oigo su vientre chocar contra mis nalgas y sus jadeos de placer de una intensidad creciente. Estoy sin aliento. Mis gemidos se transforman en gritos repetidos e, incapaz de esperarle, alcanzo un orgasmo de una fuerza que nunca antes había sentido. Tras unos últimos vaivenes intensos, él también llega dentro de mí y se desmorona a peso muerto sobre mi cuerpo. Su voz jadeante me desea un feliz año.

4.El lazo rojo

El 2012 terminó con fuegos artificiales. Aunque celebré el cambio de año sola en mi inmensa habitación de Miami Beach, mientras Gabriel regresaba con sus invitados, no habría podido imaginar un comienzo mejor: su energía, nuestros cuerpos, mi explosión de placer sobre la encimera... Pero 2013 empezó como si nada de eso hubiera ocurrido. Vuelta a París y a la casilla de salida. Metro, curro, cama, sola. Éric, Émilie, Marion, pero sin Gabriel. Regresé al trabajo y tuve que hacer un informe del nuevo año para la cuenta de Diamonds... Muy inspirador. Mi jefe quedó muy satisfecho y, aparentemente, el «cliente» también. Sigo sin recibir noticias de Gabriel desde hace tres semanas, todo lo contrario que Éric. Los celos me ahogan. No puedo ponerme celosa por una relación profesional. Intento volver a mi vida normal. Quizás esa fue la última vez que le vi. Quizás era su forma de despedirse. Aunque no puedo, debo intentar quitármelo de la cabeza. Y de la piel.

Una mañana de enero, Éric me pide que vaya a su despacho. Se ha enterado de todo, me echa de las prácticas y va a decirme que está muy decepcionado conmigo. Creía en mí, confiaba en mí. Le doy asco. Esos son los pensamientos que rondan por la cabeza mientras voy andando febrilmente hasta el despacho de mi jefe. Este despacho donde Gabriel me hizo olvidar todos mis límites con un simple chasquido de dedos. Esa mesa que no puedo mirar sin recordarla chocando contra la pared bajo el peso de nuestros cuerpos. Inspiro profundamente, llamo a la puerta y Éric me hace entrar, con una sonrisa en la cara.

– Amandine, siéntate. Las cosas van bien con Diamonds, ¿no?

Mi corazón late con más y más fuerza. Me quedo muda.

– Sea como sea, le gustas. El otro día, firmé con él el contrato del año. ¿Te acuerdas? Fue cuando vino en diciembre. Está preparando una

campana de publicidad para sus vinos y vamos a incluirla en nuestra página Web, en todas partes. Además, ha aceptado que introduzcamos nuestro logotipo. Diamonds ha sugerido que asistas mañana por la mañana a una sesión de fotos.

– ¿Qué? ¿Para qué? – le interrumpo, ligeramente a la defensiva.

– No lo sé pero, de todas formas, me ha dicho que él no estará. Sea lo que sea, ¡el cliente manda! Haz acto de presencia, da tu opinión, sé útil, toma notas y mira qué puedes sacar. Esta es la dirección del estudio.

Al día siguiente por la mañana, tras una corta noche, me cruzo París entero para llegar a los Campos Elíseos. Nerviosa. Molesta. Casi un mes sin noticias suyas y ahora va y me manda a estar de florero, sin darme ni siquiera una explicación. No consigo hacerme a la idea de ser la enésima becaría a la que se tira. Y de volver a sentirme incómoda en un mundo que no es el mío. Cuando llego delante de un edificio típico parisino del distrito 8, me doy cuenta de que es el prestigioso estudio Harold, uno de los más famosos de Francia. Pensaba que aquí sólo hacían fotos a estrellas. Gabriel siempre me sorprende.

Tras llamar durante un buen rato a la puerta del estudio, entro sin que me inviten. Nadie parece darse cuenta de mi presencia. Grandes fondos blancos, focos, paraguas... Sí, no cabe duda alguna: estoy en una sesión de fotografía. Pero, a juzgar por las altísimas modelos filiformes que se pasean justitas de ropa delante de mí, el estilista, el peluquero y la maquilladora que pululan en torno a ellas, debo de haberme equivocado de sitio. Bueno, eso es lo que creía hasta que veo a un joven asistente con la cabeza afeitada, con un pequeño tupé en la parte superior, llevar una caja de botellas de vino y una nevera llena de racimos de uva. Me agazapo en una esquina de la habitación y me siento en el suelo, con el bloc de notas sobre las rodillas. Me pongo a mordisquear el boli cuando una enorme silueta aparece en el umbral de la puerta. Un foco le tapa el rostro pero conozco esos brazos musculosos, esos antebrazos con venas prominentes, esas inmensas manos hábiles, esos sólidos hombros y esas nalgas espectaculares. Sin embargo, su look artístico me resulta menos familiar: camiseta negra un poco ancha, vaqueros grises descoloridos, botines altos de cuero y un foulard a cuadros alrededor del cuello. No, no es el Gabriel

que conozco... Pero la voz y el olor le delatan: es él. ¿Qué hace aquí? Me acurruco en mi esquina y me encojo. Ojalá pudiera desaparecer. O tirarme a su cuello para un reencuentro explosivo. Cualquiera de esas opciones, pero ninguna intermedia.

El hombre que se parece a Gabriel coge una cámara y empieza a acribillar a fotos a una rubia esbelta con cara de muñeca que sujeta una copa enorme medio llena con vino tinto. No sé qué hace la estilista porque la chica tan solo está vestida con un sencillito culote negro. No lleva nada arriba, solo un lazo color burdeos de raso que le rodea los pechos, justo sobre los pezones. No conocía el talento de Gabriel como fotógrafo pero parece saber perfectamente lo que hace. Cambia el objetivo, se acerca a su modelo y le da instrucciones: incline la cabeza hacia atrás, abra o cierre la boca, acerque la copia a los labios... Después, el asistente con cresta le vierte un chorrito de vino tinto desde la comisura de los labios hasta el nacimiento de sus pechos. El resultado es todo un éxito, estoy asombrada. Llega otra modelo, una morena fría con un corte de pelo *bob* y piel lechosa, todavía más guapa que la anterior e igual de ligera de ropa. El mismo lazo le da varias vueltas en torno al cuello. El asistente le tiende un racimo de uvas moradas y Gabriel le pide con voz dulce que vaya mordiendo la fruta. Continúa disparando fotos hasta que ella se queda embadurnada de zumo y de pulpa color rojo oscuro. Estoy celosa y asombrada por partes iguales, debo confesar que la imagen es terriblemente sexy.

Gabriel va desatando a la modelo con delicadeza y me doy cuenta de que está totalmente cautivada por su encanto. Él se mantiene indiferente, recoge el lazo rojo y anuncia una pausa general. Como si supiera desde el principio donde me encuentro, se dirige directamente hacia mí con paso firme. Cuando llega a mi rincón, me tiende una mano para levantarme y el contacto de nuestras palmas me electriza.

- Me alegro de que hayas venido. ¿Qué te parece?
- Umm... es interesante. No sabía que fueras también fotógrafo.
- Y apuesto a que tú no sabías que eras modelo. Amandine, posa para mí.
- ¿Estás de broma? Soy periodista. Y ni siquiera sé qué pinto yo aquí.

– Voy a mostrártelo.

Desliza el lazo por detrás de mi nuca y me atrae hacia él para darme un beso de una sensualidad máxima. Le había echado tanto de menos... Sin dejar de besarme, me lleva delante del fondo blanco donde posaban las modelos hace unos minutos. Despega su boca de la mía para subirme el vestido y quitármelo por encima de la cabeza. Un deseo ardiente se aviva en mi interior, sus manos me paralizan y me olvido de todo: del estudio, de mi trabajo, del asistente y de las modelos que están en el camerino cerca de nosotros. Gabriel me desabrocha el sujetador y desliza las manos dentro de mi braga antes de quitármela lentamente. Me recuesta sobre el suelo con calma y besa cada centímetro de mi piel. Saca del bolsillo el lazo burdeos y anuda con él mis muñecas. Con la lengua, dibuja círculos en mis pezones y chupa la punta de mis pechos. Me devora el ombligo y se desliza a lo largo de mis ingles. Sabe lo que tiene que hacer para volverme loca. Sigue bajando y chupa el interior de mis muslos antes de atarme los tobillos con otro lazo de raso. Cuando sube hacia mí, se detiene a la altura de mi sexo y suelta un suspiro que me pone la piel de gallina. Hunde su bello rostro entre mis piernas y me cosquillea el clítoris hinchado de placer. Quiero abrirlas pero los lazos me lo impiden. Gabriel aumenta la velocidad de los golpes con la lengua y me acaricia con cada mano un pecho, que se yerguen hacia arriba en ese momento. Introduce la lengua caliente en mi intimidad y mi cuerpo se arquea con sus vaivenes húmedos. Sus labios carnosos me absorben, me registran, me devoran y mis caderas se mueven al ritmo de sus movimientos divinos. Gozo con un grito que resuena entre las paredes vacías. Cuando terminan las sacudidas, Gabriel se levanta.

– Creo que ya estás lista. No hay nada más bello que una mujer después de un orgasmo.

En cuanto me recupero de este momento tórrido, me dejo manipular, como un títere. Me hace darme la vuelta sobre mi vientre, me alisa el pelo y me coloca a su antojo. Se aleja y vuelve con otro lazo rojo y lo desenrolla desde mis omóplatos hasta el nacimiento de mi trasero. Coloca delicadamente tres botellas de vino en equilibrio en el hueco de mi espalda y coge la cámara de fotos.

– Mírame.

Le sonrío con ternura, colmada de placer, y veo como el flash ilumina la habitación. Añade más botellas, formando una pirámide, y sigue haciéndome fotografías.

– Eres magnífica, no te muevas.

– Tengo frío.

– Eso lo arreglo yo.

Gabriel se me acerca, me libera de todo el peso, me quita el lazo de terciopelo de la espalda y me lo anuda en torno a la cabeza, para vendarme los ojos. Estoy recostada boca abajo, con los pies y las muñecas atados, en la más profunda oscuridad e incapaz de moverme. El resto de mis sentidos se multiplica. Escucho el roce de la ropa que se va quitando, sus pesados zapatos cayendo al suelo, el ruido del envase de un preservativo. Me muero por no poder verle ni tocarle. Me ha privado de las dos cosas que más me gustan en este mundo. Y, sin embargo, la espera y la ignorancia me excitan enormemente. ¿Qué me va a hacer?

Gabriel recuesta su cuerpo desnudo contra el mío. Con las piernas entrelazadas, su torso desnudo pegado a mi espalda y sus caderas adaptadas a la curva de mi trasero, siento como nuestras pieles se atraen magnéticamente. Mi amante invisible se levanta sosteniéndose en un brazo y, sin avisarme, introduce su sexo entre mis muslos cerrados. Aunque no quiero, lo acojo en mi interior y me deleito disfrutando de estas nuevas sensaciones. A juzgar por sus suspiros, a él también le gusta esta postura. Me coge por el pelo y me levanta la cabeza mientras me penetra profundamente. Grito de placer y me arqueo para volver a empezar. Me encuentro a su merced. Sus profundas idas y venidas dentro de mí, la frustración por no poder moverme y su dominación absoluta me hacen llegar al abismo. Tengo un orgasmo asombroso, mi cuerpo tiembla durante varios segundos. Me quita el lazo rojo de los ojos para que le vea gozar.

5.El pasajero

Ese viernes por la noche, volví a casa y me desmoroné sobre la cama. Dormí doce horas de tirón, como un tronco, como si llevara mucho tiempo sin hacerlo. Cuando me desperté el sábado por la mañana, tenía la mirada perdida, la cabeza vacía y el cuerpo en el aire, aún impregnado de los movimientos impetuosos de Gabriel. Incapaz de pensar ni de actuar, yerro por mi piso, reviviendo una y otra vez la escena del día anterior. Hasta ayer nunca había hecho el amor atada, con los ojos tapados. Nunca había dejado a un hombre dominarme con tanto placer. Nunca había sentido orgasmos tan intensos. La influencia que tiene este hombre en mí casi me asusta. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar por él? Pero los momentos compartidos son tan apasionados que tengo la impresión de ser una privilegiada. ¿Quién tiene la suerte de vivir lo que yo vivo?

Una llamada de Marion me sobresalta y me hace salir de mi letargo. El simple hecho de escuchar su voz alegre me agota. Me propone ir al cine por la tarde o por la noche a una fiesta en casa de un antiguo amigo de la facultad que me caía bien, para cambiar un poco de aires.

– Baja de tu nube, Amandine, ¡tienes que volver a la tierra!

Ese es el consejo de mi mejor amiga.

– ¿Para qué? – le respondo suspirando.

– Porque antes, antes de él, nos gustaban nuestras vidas. Estás cambiando y ni siquiera te das cuenta. Pero, si te diviertes así, quédate encerrada en casa esperándole, sigue en esa historia rara que no te llevará a ningún sitio, sigue pensando que estás por encima de todo, por encima de mí y ya me llamarás cuando vuelva a dejarte plantada después de echarte un polvo. Hace no mucho te habrías reído de cualquier tía que hubiera actuado así. No te reconozco. Avísame cuando vuelvas a ser Amandine.

– ¿Has terminado?

Me cuelga de golpe. Lamento haberle soltado eso. Pero no tengo ganas de nada. Sólo de hacerme un ovillo y no moverme, sólo pensar, soñar, fantasear y disfrutar de esta situación rara y deliciosa que me embriaga. Y soñar con qué pasará después...

Afortunadamente, tengo todo un fin de semana por delante antes de volver a ver a Éric y hablarle de la sesión de fotos. Me gusta la idea de compartir con Gabriel este deseo carnal, pero cada vez me cuesta más controlar mi malestar o mi conmoción ante el resto. Y soy consciente de que mi amante tiene el don de hacerme comportarme de forma imprudente, de hacerme perder la razón y el control de mi vida. Da igual lo que haga o deje de hacer, Gabriel me hechiza. No sé qué va a pasar, pero me apetece esperar para saberlo. Quiero que vuelva a arrastrarme a su mundo, que me subyugue, que me voltee, que pruebe mis límites. Sé que no opondré resistencia. Está claro que Marion tiene razón. Pero, ¿qué más da? Quiero que vuelva a poseerme. Ser toda suya y, quién sabe, quizás un día también él será todo mío...

Al final de la tarde, me levanto por fin del sofá para ir a darme una ducha rápida. Me pongo una camiseta limpia y larga, de las de estar por casa, que me encanta. Me planteo prepararme algo de cenar pero se me quitan las ganas al ver la pila de platos que me espera en el fregadero. Mi piso está patas arriba pero no me apetece en absoluto ponerme a recoger. Mañana. Decido enviar un mensaje a Marion para pedirle perdón, desearle una buena noche y me meto bajo la cubierta con un libro.

Domingo, 6 de la mañana, me despierta el sonido del timbre. Llaman a la puerta con insistencia y, refunfuñando, abandono el calor de mi cama. El frío de enero se ha filtrado en todo el piso, tiemblo. Grito: «¡ya voy!», mientras me dirijo hacia la puerta y me pongo una sudadera con capucha sobre la camiseta amarilla descolorida que me sirve de camisón y dos calcetines gruesos rosas, los más calientes que tengo. Abro la puerta, medio dormida, y me aparto el pelo que me cae sobre los ojos para ver quien me espera en el umbral de la puerta. Zapatos de ante en punta, vaqueros oscuros, abrigo largo negro de lana abierto, un jersey de cuello vuelto gris oscuro, guantes de cuero negro y, en la mano, una bolsa de

croissants que perfuma la entrada de mi casa. Levanto la cabeza para descubrir una barba de dos días, unos labios carnosos que encierran una blanca dentadura tras una ligera sonrisa y unos ojos azules que parecen divertirse con mi look de mañana. Gabriel. Dios, qué guapo es. Ojalá se me tragara la tierra. Me muero de vergüenza de que me encuentre con este horroroso modelito improvisado. Me bajo la camiseta demasiado corta que no me cubre ni siquiera todo el culo. ¿Por qué no le habré recibido en picardías de raso? Porque no tengo.

– ¡Qué sexy la minifalda! Me encantan también los calcetines. ¿Nos quedamos aquí plantados o me invitas a un café?

– Entra, haz como que no ves el desorden.

Su gran cuerpo entra en mi casa con una corriente de aire frío y mi piso parece todavía más pequeño con él aquí. Echo un vistazo rápido a la habitación: el suelo está cubierto de libros, hay ropa tirada sobre en el sofá y revistas dobladas y correo abandonado invaden la mesita. No podría haber venido en peor momento. Intento peinarme como puedo mientras me voy corriendo a la barra de la cocina para preparar un café. Vuelvo para despejar el sofá y hacerle sitio mientras se quita el abrigo y lo tira sobre el respaldo de una silla.

– El café se está haciendo. Siéntate, voy a arreglarme un poco.

Intento aparentar estar relajada y me precipito al cuarto de baño. Gabriel me coge al vuelo, me agarra la mano, se sienta en el sofá y me atrae hacia él, acariciando mi muslo desnudo.

– No cambies nada.

Me sienta sobre sus rodillas, de lado, y la temperatura de la habitación sube instantáneamente. Intento hacerle hablar.

– ¿A qué se debe esta visita?

– Tengo que volver a Angoulême esta mañana. Mi avión sale en dos horas y me apetecía desayunar. Me han dicho que estos son los mejores croissants de París.

Muerde uno todavía caliente, arranca un trozo con los dedos y me lo desliza entre los labios. Me quita una miga que se me había quedado en la comisura de los labios y me besa justo ahí. ¿Estoy soñando? No consigo creer lo que está pasando ante mis ojos, Gabriel está en mi mundo.

– También quería enseñarte una cosa. Pero, antes, el café.

Me despego de él de mala gana para servirle el caliente líquido negro, sin duda bastante fuerte, en dos tazas desparejadas. Bebe un trago de café caliente y después saca un sobre blanco del bolsillo interior del abrigo. Mira a la mesita y me pregunta: «¿Puedo?». Barre con el antebrazo todo lo que había encima y que ahora cubre el suelo. Alinea meticulosamente sobre la mesa unas fotografías en blanco y negro. Sólo resalta el color de los lazos rojos brillantes. Reconozco mi cara. Los brazos, los hombros, los pechos y el culo también son míos. Me asiento al lado de él, sobre el brazo del sofá, con los ojos como platos.

– Magníficas, ¿no te parece? Pero me gustan todavía más estas.

Sobre las fotos para las que recuerdo haber «posado», extiende más instantáneas. El cuerpo desnudo de Gabriel recostado sobre el mío. Su cabeza entre mis piernas y mis manos atadas despeinándole el cabello. Después, son sus manos las que me cogen el pelo mientras sigo echada boca abajo, con el cuerpo arqueado y una venda burdeos tapándome los ojos. Nuestras piernas entrelazadas, su pelvis pegada a mis nalgas y mis dientes mordiéndome los labios. Mi cuello estirado de perfil, mis uñas arañando el suelo y mi boca deformada en un grito que parece desgarrador. Su rostro, indescifrable, con los labios húmedos ligeramente entreabiertos. Después, mi cabeza inclinada hacia él y mis ojos azorados clavados en los suyos cuando me quitó el lazo para que asistiera a su orgasmo apoteósico.

– La última es mi favorita.

Mientras pronuncia estas palabras, me levanta por las piernas para colocarme a horcajadas frente a él. Mete las manos por debajo de mi camiseta, me acaricia la tripa y llega hasta mis pechos. Pellizca con dos dedos mis duros pezones, produciéndome una mezcla de dolor y placer. Sin

dejar de mirarme, sube una mano por la espalda y me coge la nuca para acercar mi rostro al suyo. Muerde delicadamente mi labio inferior y, después, introduce la lengua en mi boca. Le devuelvo el beso y me abalanzo sobre él, abrazándole el cuello y pegándome a él. Me besa con pasión y siento cómo mi sexo se hincha de impaciencia. Le quito el jersey y aprovecho para desnudarme, lo más lentamente posible a pesar de la urgencia de mi deseo. Gabriel me coge los pechos y se los lleva a la boca para devorarlos, literalmente. Después, se pone a morderme los hombros, el cuello y me hace desfallecer cuando me chupa el lóbulo de la oreja. Le escucho jadear mientras mis dedos se pelean con la hebilla del cinturón. Le libero su sexo prisionero de los pantalones, apretando su glándula turgente contra mi vientre. Saca un preservativo del bolsillo trasero de los vaqueros y me lo tiende, abro el envoltorio con los dientes y lo deslizo en su miembro erecto. Me mojo sólo con pensar en que pronto va a penetrarme con la fuerza que tan bien conozco.

Gabriel se levanta de golpe, cogiéndome por las nalgas y me aprieta contra la pared de enfrente, mis piernas le abrazan la cintura. Estoy en sus brazos, tengo la impresión de ser ligera como una pluma. Ahora sólo me tiene cogida con una mano y, con la otra, agarra su sexo erecto para guiarlo hacia mi interior hambriento. Primero, juega con mi clítoris, que está a punto de estallar, y luego se introduce en mí profundamente. La violencia de sus investidas me causa vértigo y las estanterías repletas de libros se caen ruidosamente al suelo. Chillo de placer, me olvido de los vecinos, le arañó la espalda hasta hacerle sangre mientras me penetra, fuerte y profundo, hasta hacerme gozar con un grito ahogado. Sigue con sus embates contra la pared, se le tensa todo el cuerpo y termina con un rugido bestial que no olvidaré en toda mi vida.

Desde la ventana del tercero, veo a Gabriel alejarse, con el abrigo negro flotando en el viento helado. Se sube el cuello y desaparece en la esquina de mi calle. Me giro para observar el caos de mi piso. Gabriel ha entrado en mi casa, como un tornado y, de repente, se acabó, ya ha regresado a su mundo. Me deja sola en el mío, desnuda y todavía temblando, con su taza de café y nuestras fotos esparcidas como único recuerdo de su visita.

Continuará... ¡No se pierda el siguiente volumen!

En la biblioteca:

Cien Facetas del Sr. Diamonds vol. 3: Brillante

La relación entre el tenebroso Gabriel Diamonds y la dulce Amandine da un giro inesperado.

La tensión aumenta, la suerte está echada y nada parece poder cambiarla...

Brillante es el tercer volumen de Cien Facetas del Sr. Diamonds, ¡la saga hará olvidar Cincuenta sombras de Grey!

